



## La política extraviada

Andrés Stambouli

ISBN 980 07 8496 9

Alfredo Rodríguez Iranzo

Dpto. Humanidades

En general, la historiografía admite mayoritariamente que la dictadura de Gómez logró la unificación del país, acabando con las continuas guerras intestinas y el caudillismo, paso previo para la consolidación real de una república que posteriormente pudiera asentarse en la legalidad y en las instituciones democráticas. Pero este proyecto se vio postergado un vez más por el atropello militar, porque una vez unificado y pacificado el país, se dio comienzo a una de las dictaduras más largas en la historia de nuestro país.

La evolución de dicho proyecto es lo que aquí se estudia, con las primeras aperturas de López Contreras y del gobierno de Isaías Medina Angarita. Fue éste un caso peculiar (siendo militar) por su reconocido buen gobierno y su ponderación en el entendimiento de la política y el poder. Habiendo sido electo presidente por el Congreso, fue quien inició un franco y mesurado proceso de democratización, permitiendo la existencia legal de los nuevos partidos políticos, interpretando con inteligencia los cambios que estaban produciéndose en la Venezuela de su momento, ávida de una mayor participación democrática.

Le tocó a Medina Angarita la difícil situación de conciliar los sectores opuestos del poder y de la sociedad. La vieja guardia proveniente del período gomecista, con una presencia fuerte todavía en los poderes militar y económico, y los nuevos reclamos de los partidos y de la sociedad por la instalación de un régimen de contenido democrático, basado en la elección del presidente por sufragio secreto, directo y universal, una de las banderas fundamentales de Acción Democrática, planteada por Betancourt.

Medina, con aparente buen tino, quería ir despacio hacia la democratización del país; los partidos, AD fundamentalmente, querían acelerar la marcha. Un punto de encuentro y conciliación se hizo posible en torno de la figura de Escalante para la sucesión presidencial temporal después de Medina. Problemas médicos —se dice— impidieron a Escalante cumplir con este cometido. De modo irreflexivo y autoritario, contrario a su proceder, Medina Angarita, lo sustituyó por Biaggini, sin consultar a los partidos que no aprueban a dicho candidato. Comienzan las tensio-

nes, el juego de intereses, los conciliábulos. AD se une a un grupo de militares jóvenes (Chalbaud, Pérez Jiménez, entre otros) descontentos con sus mayores y propicia un golpe de estado contra Medina Angarita el 18 de octubre de 1945. Se proclama una Junta de Gobierno presidida por Rómulo Betancourt que cuenta, inicialmente, con el apoyo de vastos sectores de la sociedad civil. La incipiente democracia venezolana nació de un pleno contrasentido: la toma del poder por medios violentos, absolutamente opuestos al sentido intrínseco de los principios democráticos.

Los militares dejan en manos de Rómulo Betancourt y AD los asuntos de gobierno y se dedican a reformar y consolidar la institución militar. Un viento de locura inesperado parece soplar en las altas esferas del gobierno. Los que ayer reclamaban el derecho a opinar y disentir, hoy son los perseguidores enconados de cualquier disidencia. Este famoso trienio (1945-1948) acción democratista estuvo marcado por la más completa inmadurez de la naciente democracia venezolana.

Pronto, lo que fue un apoyo casi unánime a la Junta de Gobierno se convierte en oposición que el poder no tolera. El gobierno se apodera de los cargos públicos y ejerce sobre ellos un monopolio clientelar, desde los más altos ministerios hasta los secundarios y los más bajos. Los sectores de oposición atacan al gobierno por esto y por una serie de anomalías entre las que sobresalen la ineptitud para gobernar, gastos exorbitantes, corrupción, clientelismo, tomar las decisiones importantes sin debate ni consulta y actos de violencia física contra los que disienten. Se continúa así con un clima de evidente sectarismo y autoritarismo que había sido la práctica consuetudinaria en el país.

Para tener a los militares como aliados, Betancourt les otorga un presupuesto de 75 millones en lugar de los 40 millones aprobados por Medina, es decir, prácticamente el doble, además de aumentarles el sueldo en un 37% y propiciar la compra de armamento chatarra a Estados Unidos.

Pero otros sectores ven afectados sus intereses por las políticas emprendidas por el gobierno. Así los

ganaderos y agricultores por la famosa reforma agraria emprendida por AD, que si bien lucía justa en los papeles, resultó un rotundo fracaso en la práctica. También la iglesia reaccionó medievalmente en defensa de sus intereses ante la reforma educativa propuesta por la Junta y el famoso Decreto 321 sobre el Estado Docente, que aupaba la creación de un sistema educativo amplio de carácter público y gratuito, lo cual colidía con la enseñanza privada en manos de la Iglesia en su mayor parte. Ante la resistencia a dicho decreto, Betancourt da marcha atrás y lo deroga con el 344, obligando además a renunciar a los “responsables” del 321, incluido el propio Ministro de Educación.

Además de la persecución “legal” a la disidencia (la exclusión del Partido Comunista, que había sido uno de sus aliados), AD practicó la violencia activa, paralela a lo “legal”, en contra de sus opositores. Fue así como el propio Rafael Caldera, por entonces Procurador General, se vio obligado a renunciar debido a los violentos ataques contra sus partidarios y en otra ocasión él mismo fue agredido con bombas lacrimógenas a la salida del Congreso.

La elección democrática de Rómulo Gallegos como presidente, por sufragio secreto, directo y universal, con un setenta por ciento de ventaja, en 1947, para nada atenuó los medios apolíticos empleados por AD. Se la acusaba, también, de la creación de una milicia armada y de mantener conversaciones entre los miembros de las fuerzas armadas a fin de ganarlos para su causa. Esto generaba un profundo malestar en el seno de dichas fuerzas, lo cual, aunado a todas las otras malas prácticas de AD en el gobierno, hizo que los militares (Chalbaud, Pérez Jiménez) presentaran un pliego de condiciones a Gallegos, entre cuyos puntos destacaban los siguientes: la eliminación de las milicias de AD; el cambio del gabinete ministerial por personas sin militancia política; la salida de Betancourt del país. Giacomini, mediador entonces entre el gobierno y los militares, se encuentra con que Pérez Jiménez se mostraba conciliador, pero al otro lado, con el rotundo rechazo de Gallegos a cualquier condición planteada por los militares. Al

trancarse las negociaciones, la situación desemboca en el golpe de estado de 1948 mediante el cual se establece una nueva junta de gobierno, esta vez exclusivamente militar, con Delgado Chalbaud y Pérez Jiménez a la cabeza, que comienza a desmontar todo el orden (o “desorden”) democrático. Se comienza con la disolución de AD en toda la república, con la detención y exilio de sus principales dirigentes y luego con todas las instituciones democráticas, aunque la Junta sostiene verbalmente los principios democráticos tales como elecciones libres. Rafael Caldera y Jovito Villalba son encargados de redactar el Proyecto de Estatuto Electoral. Entretanto se disuelve al PCV, acusado de promover paros ilegales en la industria petrolera, clausurando sus locales y órganos de difusión.

Se producen disensiones en la Junta respecto de las elecciones: Delgado Chalbaud es partidario de hacerlas y respetar sus resultados entregando el poder a quien las gane; Pérez Jiménez no está de acuerdo. Delgado Chalbaud es asesinado en un oscuro complot. Sin embargo, en 1952 se realiza las elecciones para una Asamblea Constituyente que son ganadas por URD pero, “oficialmente” por el FEI, partido del gobierno. Copei y URD acusan al gobierno de fraude y desconocen los resultados. Jovito Villalba y otros dirigentes de URD son enviados al exilio.

Vallenila Lanz, Ministro de Relaciones Interiores entre 1952 y 1958 e ideólogo del nuevo régimen, justifica así los acontecimientos:

...escoger entre los resultados del sufragio y el desarrollo del país...ante semejante perspectiva (...) conservemos el poder y tratemos de legitimarlo (...) con una labor trascendente, fecunda (...) nuestra fuerza derivará de la eficiencia, no del temor.

El 15 de abril de 1953 Pérez Jiménez es designado como presidente por el Congreso y se inicia la marcha del Nuevo Ideal Nacional, fundado en la transformación física del paisaje urbano mediante la construcción masiva y acelerada de edificios privados y grandes obras públicas, para lo cual el presidente abre las puertas a la inmigración de ingenieros, técnicos, maestros de obra, constructores, albañiles, carpinte-

ros, etc. extranjeros procedentes sobre todo de España, Italia, Portugal, las Canarias, etc.

El mismo Vallenilla Lanz define este proyecto como la era de la ingeniería y el tractor: “El nuevo ideal nacional funda su mística en el trabajo racionalmente orientado”.

Al otro lado, el trepidar de tractores y la nueva maquinaria de la construcción apaga los gritos de perseguidos, encarcelados, torturados, a manos de la siniestra Seguridad Nacional, órgano represivo del Estado. AD es definitivamente desmantelada con los asesinatos de Leonardo Ruiz Pineda, Alberto Carnovali y Antonio Pinto Salinas. Se establece un eficiente mecanismo de censura que lleva a su correspondiente autocensura y a la conformidad pasiva de la ciudadanía.

En 1954 el gobierno libera a 400 presos políticos y permite el regreso de los exilados.

El boom petrolero genera un estado gran inversor que planifica y ejecuta grandes complejos económicos como la hidroeléctrica del Caroní, la petroquímica de Morón y la siderúrgica del Orinoco y el proyecto de una red ferroviaria nacional que no alcanza a construir. La industria privada de la construcción y sus ramas conexas o derivadas experimentan una enorme expansión. Para una idea nada más que somera, basta recordar que hasta los 50 la ciudad era conocida como “la ciudad de los techos rojos”, con casas que no superaban las dos o tres plantas, y llegaba escasamente hasta el parque Los Caobos. A partir del “Nuevo ideal nacional”, la ciudad se transforma: en el centro surgen los grandes edificios privados que van extendiéndose hacia el este, por Sabana Grande y Chacaíto y aún más allá, mientras urbanizaciones enteras parecen brotar de la nada, como La Florida, La Campiña, La Castellana, Altamira, etc., producto del esfuerzo privado. Por su parte, el Estado remodela y construye gran parte de El Silencio (que ya había iniciado Medina Angarita), las torres del Centro Simón Bolívar, las grandes autopistas como la Francisco Fajardo, con sus asombrosos distribuidores, los túneles, el viaducto y la autopista a La Guaira, el complejo Humboldt, sobre El Ávila, con un gran hotel y

su respectivo teleférico. La autopista del centro, con sus túneles y puentes que une a Caracas con Maracay y Valencia, polos de desarrollo donde se establece el corazón industrial de esta nueva Venezuela. El puente sobre el Lago de Maracaibo; autopistas, carreteras y puentes en el resto del país. En Caracas también la Roca Tarpeya, la Concha Acústica, el paseo Los Ilustres, etc., etc.

A todo esto, mientras el venezolano, y más que todo el caraqueño, veían transformarse radicalmente su entorno físico, entrando a trompicones en la modernidad, se iría produciendo también una nueva mezcla racial con el aporte de la reciente inmigración europea que venía huyendo de la hambruna de la postguerra. Y no sólo se trataba de los factores étnicos, sino también del entrecruce cultural, con nuevas costumbres, nuevos hábitos y la mixtura de sabores de una nueva cocina.

Otro aspecto a resaltar de este período, refrendado unánimemente por testimonios de la época, era la absoluta seguridad que se respiraba y vivía. Fuera del ámbito restringidamente político, donde había una represión casi total, el común vivía en un marco de completa seguridad, a puertas abiertas.

Pero, después de tres años, la oposición al gobierno empieza a hacerse sentir públicamente. Sectores de la empresa privada se quejan por la falta de inclusión y participación en la torta. La Iglesia por el abuso militar. Los intelectuales y estudiantes por la falta de libertad, por la crisis educacional y la mediocridad cultural. El gobierno aumenta la represión y se va aislando de la sociedad, convirtiéndose en una minoría en el poder, sin apoyo civil.

La Iglesia había apoyado primeramente a Pérez Jiménez por las prebendas recibidas: aumento de subvención pecuniaria al triple, liberalización de entrada para sacerdotes extranjeros, promulgación de un nuevo decreto en educación con dos horas de instrucción religiosa semanal dentro del horario normal de clases, igualdad de condiciones para los profesores de institutos privados con los del Pedagógico, la creación de la Universidad Católica “Andrés Bello” en 1953.

Por otro lado, el presupuesto para la educación pública tuvo una deplorable disminución, con lo cual aumentó el desarrollo de la educación privada. Bajó el número de escuelas primarias públicas y se quintuplicó el de las privadas; en secundaria se inauguró solamente doce liceos públicos, mientras en la privada se abrió unos doscientos. Todo esto hacía que la Iglesia se mostrara satisfecha y prestara un apoyo irrestricto al régimen. Pero para 1957, esta relación experimenta un cambio. Movida por la nueva tendencia social de la Iglesia, la venezolana comienza a pedir una mejor distribución de la riqueza, mejores condiciones para obreros y campesinos. Esto molestó sobremanera al gobierno que, obnubilado por su tractor, tomó las tibias críticas de la Iglesia como una agresión y contraatacó llegando, incluso, a detener a algunos sacerdotes.

Por su lado, Vallenilla Lanz, ministro del interior, argumentaba:

El hecho de que hayan desaparecido (los partidos) sin ofrecer resistencia es prueba fehaciente de este aserto (que no tienen masas, ni mística, ni tradición). Un decreto y una simple operación policial bastaron para liquidarlos. Son muertos sin dolientes, inclusive entre la parentela más cercana.

Los alegatos de muchos sacerdotes que propagaban la doctrina social de la Iglesia eran tomados como ataques abiertos a la obra del gobierno.

(...) el Sr. Ministro del Interior está empeñado en hacer romper al gobierno con el clero (...) La Iglesia es eterna y los gobiernos temporales (...) por lo que éstos debían lograr que fuera una discreta aliada del gobierno. *General Rómulo Fernández, Jefe del Estado Mayor Conjunto, a Pérez Jiménez.*

Pero ya se había cruzado el punto de no retorno. La torpe intolerancia del gobierno hacia la preocupación social de la Iglesia la convirtió en adversaria abierta de la dictadura.

Asimismo, la importación de artículos manufacturados y el apoyo a la inversión extranjera conspiran contra la naciente industria nacional; otro tanto ocurre con agricultores y ganaderos que ven afectados sus intereses por la falta de estímulos y créditos y la

importación de carnes, lácteos, maíz, trigo y pescado. El sector de los pequeños y medianos industriales, conjuntamente con los grandes capitalistas nacionales que eran excluidos de los negocios con el gobierno, hizo un frente común contra la dictadura. El comercio y los importadores, por su lado, estaban altamente beneficiados, por lo cual apoyaban las políticas económicas del gobierno.

Sin embargo, ya al final, los gastos desmesurados provocan una aguda crisis de desorden fiscal y el gobierno se ve incapaz de pagar la deuda pública.

Todos estos factores, junto con las movilizaciones sociales, el activismo político de los líderes de los partidos que habían vuelto a la batalla, el aislamiento del régimen que no contaba ya con ningún soporte firme de ninguno de los estamentos importantes de la colectividad, provoca su derrumbe y caída un 23 de enero de 1958. Pérez Jiménez abandona el poder sin resistirse, así como también lo había hecho en su oportunidad Medina Angarita, para evitar una posible guerra civil, y comienza otro capítulo en la historia nacional.

Un capítulo que nos prometería la entrada a la modernidad con todos sus mejores logros: la educación, la cultura, el arte, la convivencia en la pluralidad política y social y que parecía no tener “vuelta atrás”, en ese movimiento retrógrado que hasta la entera mitad del siglo XX —y un poco más— nos había vuelto a hundir reiteradamente en la oscuridad y sepultado toda pequeña o mediana esperanza que por momentos había aparecido en el horizonte de nuestra posibilidad como república.

Dicho capítulo duraría sólo cuarenta años, y lo que parecía impensable, el regreso a las cavernas, nos volvió a suceder. ¿Cómo ha sido esto posible? Si la historia enseña y sus lecciones están ahí para aprender y corregir y preparar un presente y un porvenir mejor, ¿no hemos sabido leer esas lecciones? De hecho, cualquier lectura “apasionada”, realizada desde el calor de una tribuna, cualquiera que sea, obnubila y ciega. Sólo nos deja ver lo que ya queremos ver, no lo que necesitamos ver, aunque sea contrario a nuestras creencias. Un análisis relativamente ponderado

de cualquier gobierno que hayamos tenido, desde Guzmán Blanco en adelante, para no ir más atrás, nos permitiría ver logros y desaciertos, no en lo que “a mí me gusta o no”, sino en lo que en su momento fue necesario y provechoso luego para el país y sus habitantes. Dios nos libre de un gobierno que pudiera ser solamente desbarajuste y destrucción.

La función de gobierno está siempre sujeta a muchas variantes. La presión de intereses externos, tanto económicos como políticos y sociales; la presión que ejercen el poder y el dinero sobre el individuo. El poder y el dinero son fuerzas demasiado grandes para un hombre solo. ¿Qué clase de hombre puede tener en su fuero interno una fuerza capaz de resistir a la presión, seducción y dominio del poder o del dinero? Dependerá finalmente no tanto de lo que haya incorporado como idea en una edad ya madura, sino de lo que realmente tiene arraigado como principios desde su educación y formación tempranas, como de las tendencias naturales de su ser o de su ego.

Los autoritarismos, por ejemplo, desde Guzmán Blanco a Pérez Jiménez, pasando por Gómez, que ilustran cabalmente la tesis del “gendarme necesario”, ¿fueron solamente nefastos en todo sentido? La democracia, ¿ha sido por sí misma fuente sólo de bondad? No se nos escapa que estamos llevando las preguntas a una simplicidad que puede resultar capciosa, en una operación reduccionista que oculta la complejidad de las situaciones reales. Pero esta reducción nos puede ayudar a liberarnos en parte de los apasionamientos al “reducirnos”, justamente, a los propios hechos ya consumados, para intentar reinterpretarlos desde la óptica del tiempo.

Por otro lado, a los historiadores no se les han escapado los logros y desafueros de cada uno de estos sistemas que nos han gobernado, lo cual haría inútiles tales preguntas. Pero ha habido y hay épocas en que todo se reduce a negro o blanco, en un realismo manipulada que elimina los matices. Y quizás sean éstos, en muchos casos, los que provean una explicación más plausible a hechos contradictorios o aun extravagantes.

La opinión es casi unánime en atribuir a Medina Angarita uno de los mejores gobiernos que se haya tenido por las varias acciones que emprendió para modernizar el Estado, llevando a cabo en su momento lo que se consideraba audaces reformas; por su ponderado equilibrio en hacer una transición moderada, sin traumas –interrumpida por el golpe de estado que lo destituyó. Se le atribuye haber sembrado el espíritu democrático en la conciencia del pueblo venezolano y el sentido de la igualdad social. Legalizó los partidos políticos, estableciendo una amplia apertura democrática. Durante su gobierno se vivió bajo un clima de respeto y libertad de expresión. Legalizó los sindicatos, creó el Seguro Social Obligatorio, fijó el salario mínimo, abolió el trabajo nocturno en ciertas industrias, reformó parcialmente la Ley del Trabajo y reglamentó el trabajo en el campo; convirtió a Caracas en una ciudad moderna eliminando los hacimientos, construyendo en su lugar el complejo urbanístico El Silencio. Creó el Banco Obrero, viviendas, la cédula de identidad, redujo el analfabetismo en un 50%, creó la Ciudad Universitaria, el politécnico de agricultura. Bajo su mandato se llevó a cabo la Reforma fiscal con un impuesto progresivo sobre la renta (quien más ganaba más pagaba), la Reforma petrolera, con la Ley de Hidrocarburos de 1943, que aumentó la participación del Estado al 50%, se creó el pago de impuesto a las compañías, el transporte por oleoducto como servicio público, la fijación de un plazo para refinar el petróleo en Venezuela, con todo lo cual se puso en contra a las compañías petroleras extranjeras. Se planteó la Reforma agraria de 1945 con redistribución de tierras para el proceso productivo. Se formó la Junta de Fomento de la Producción Nacional; abrió relaciones con China y URSS, aquél que había sido acusado de inclinaciones fascistas. Otorgó el voto a las mujeres para elegir y ser elegidas concejales, por primera vez en la política nacional. Reformó la Constitución para establecer el voto directo y popular para diputados. En su último mensaje al Congreso, el 21-4-45, dejó estampadas estas palabras que ningún otro gobierno en la historia podría repetir sin mentir: “He contribuido, con toda la medida de

mis fuerzas, a hacer efectiva la justicia social y la libertad del ciudadano, y hoy como ayer, puedo decir que por mi voluntad ningún compatriota sufre de prisión, ni se halla alejado de la tierra natal”.

No se le ha tachado de actos de corrupción: algo tan insólito en nuestra política como los cuentos de hadas (dentro de la misma, por supuesto).

La apertura democrática de Medina Angarita fue evidente e irrefutable, no sólo en su ánimo sino en los hechos. Y es posible que su visión de un proceso más reposado para llegar a otras reformas no estuviera errada, en cuanto a una educación previa del pueblo para la asunción plena de la democracia y la libertad. Era claro también que no quería perdurar en el poder. Se había consensuado en un candidato para sucederlo pacíficamente en el gobierno. Por accidente, esto no pudo ser. En una cuestión tan importante como ésta, ¿estábamos librados a la ley del accidente? Medina, que había sido tan ponderado, escogió sin consulta a otro. ¿Mal asesorado? ¿Rapto súbito de ínfulas y obnubilación por el poder? ¿O fue solamente un pretexto utilizado por la oposición que ya estaba encaminada en un proyecto diferente? AD, ¿pecó de repentismo para aliarse a otras fuerzas, militares y civiles, para hacerse del poder? ¿Era una expresión más del “bochinche” tropical que parece siempre justificar la política del “gendarme necesario”? ¿Qué no se podía esperar? ¿El poder iba a desaparecer?

La globalización en política no es nada nueva. La política de un país secundario siempre ha dependido en gran parte de las políticas económicas de los ejes centrales o simplemente, a veces, de intereses menos generales, como el caso de algún consorcio o grupo de los mismos que persiguen su propio interés y tienen el poder de someter voluntades. La política de hidrocarburos de Medina Angarita, en defensa de los intereses de la nación, produjo un hondo malestar en las compañías extranjeras con concesiones para explotar el petróleo. No eran tres bolívares, se trataba de millones de dólares.

¿Cuáles fueron las causas reales del golpe contra Medina Angarita? ¿La no aceptación de un candida-

to a la sucesión? ¿Querer elegir ya al presidente por voto directo? ¿Ambiciones personales de algunos líderes del momento? ¿Cierta malestar en un sector de las fuerzas armadas? ¿Los intereses afectados de las concesionarias petroleras americanas? ¿El cambio en la política hemisférica de EEUU? ¿Un entramado de éstos y otros motivos?

AD es arrastrada a una aventura de la que, después del trienio, sale muy mal parada. Pérez Jiménez parece haber estado siempre detrás y haber sido el escogido. Estados Unidos le dio pleno apoyo a su posterior dictadura. La experiencia de AD en su primer intento por gobernar, o mejor su inexperiencia, está signada, como ya se ha visto, por el contubernio, la intolerancia, la corrupción, el desbarajuste. Sus procedimientos en el poder respecto de la oposición se verán calcados puntualmente y repotenciados en un futuro. Se salvan algunas ideas como lineamientos inconclusos, tales como la propuesta educacional. Como ejemplo en la práctica del poder, es poco lo que se puede rescatar de este período. Otro proyecto ya orquestado por otros intereses estaba en marcha y AD, en ese momento, era un estorbo. Pérez Jiménez y el Nuevo Ideal Nacional, con sus concesiones a las compañías petroleras transnacionales, con sus programas de inversión extranjera, con los planes de construcción de grandes obras, de urbanizaciones enteras, de las grandes autopistas y las no menos grandes avenidas de Caracas (la Andrés Bello, la Urdaneta, la Nueva Granada, Sucre, San Martín, Páez, México, Los Ilustres, Victoria, Fuerzas Armadas, etc.), con su política económica de importación masiva, con una economía estable de pleno empleo, con un poder adquisitivo extraordinario, aseguraban un mercado fabuloso y rápido para la obtención de pingües ganancias a los exportadores foráneos, desde chatarra militar de la segunda guerra mundial hasta auto-periquitos.

Como quiera que sea, lo hecho, hecho está. Y lo que ha quedado no es para nada poca cosa. La plena modernización de Venezuela (aunque parcial), incluidos sus errores, en el plano urbanístico, en el desarrollo material del país, no es posible negarlos.

Hoy, la mayoría es usuaria y usufructúa como beneficiaria las obras realizadas en ese período. Visto desde la óptica de la mera eficiencia, el resultado, en lo que se propuso el Nuevo Ideal Nacional, con su política del tractor, es asombroso, sobre todo si se tiene en cuenta que tal número y tamaño de obras fue realizado en tan sólo cinco años. Aparte de la importancia del desarrollo urbano para la nación, suficientemente visible y palpable, por lo demás, existe un resultado menos visible y del que poco o nada se ha dicho. A costa de repetirlo, se ha ido internalizando en el venezolano, la creencia de su flojera, de su poca aptitud para el trabajo. Pues ese portentoso desarrollo urbanístico desmiente rotundamente tal creencia y más bien evidencia exactamente lo contrario, porque si bien es cierto, como ya se ha dicho, que el dictador abrió una política inmigratoria para contar con los refuerzos necesarios para acometer su plan, no es menos cierto que todas esas obras fueron levantadas con mano de obra venezolana. Esto es un testimonio hartamente elocuente de la capacidad de trabajo del venezolano. Por otro lado, desde el punto de vista gerencial, queda también demostrada su enorme eficiencia. Planificar, organizar y llevar a cabo tales obras con toda la constelación de sus actividades subsidiarias en un tiempo récord y además, hacerlas bien, es un patrimonio innegable con que cuenta el venezolano. El período perezjimeñista, sin proponérselo, le mostró todo lo contrario de lo que históricamente se le había mal endosado: ser flojo, amigo sólo de la parranda. Le mostró que sí era capaz de grandes esfuerzos dirigidos al trabajo. Este es un capital con que queda y que puede ser utilizado como un patrimonio permanente. Era capaz de una mística del trabajo cuando las condiciones se lo posibilitan. No es poca cosa. Esto, naturalmente, también se ha visto en otras épocas y circunstancias, sólo que en este caso resalta por la magnitud de lo realizado en tan corto tiempo y, como tal, es ejemplarizante.

Ahora bien, todos los intentos de modernización de Venezuela, desde Guzmán Blanco hasta Pérez Jiménez, pasando por lo escaso de Gómez en este

sentido, y lo mucho de Medina Angarita, tienen un mismo denominador común. Fueron proyectos emprendidos, con mayor o menor fortuna, por un sector de las fuerzas vivas de un país con una visión bastante restringida del concepto de pueblo o nación. Grandes sectores de éstos quedaban excluidos porque la elite dirigente nunca tuvo una visión global del país como pueblo, un proyecto total, general, para el país, que abarcara por igual toda la geografía, las etnias, las costumbres, culturas, condiciones sociales, valores, hábitos de trabajo y de relaciones diversos que nos componen como nación. De allí que esa desafortunada empresa de construir y edificar, con todo el "progreso" y hábitos de consumo que conllevaba, atrajo masivamente al campesino empobrecido a las ciudades, originando un problema de vastas consecuencias para el cual no había pensamiento ni solución. El campo quedaba desguarnecido y las ciudades sobre pobladas en condiciones muchas veces miserables. El campesino perdía su hábitat, sus modos, su cultura, su dignidad y al no poder asimilar otros distintos, los distorsionaba y caía en la "incultura" ciudadana. Esto no es, por supuesto, un mal privado nuestro; es común a toda América Latina y a la famosa doctrina del "desarrollo": de allí las favelas, las villas miseria, el rancho.

¿Cómo podían estos intentos de modernidad totalmente parciales abarcar, incluir a todo un pueblo? Se hubiera necesitado equipos de científicos sociales, antropólogos, sociólogos, planificadores, educadores, etc. para complementarla. Pero esto sería como echar arena en los engranajes del tractor. Y no había tiempo. Nunca hay tiempo si no se tiene esa visión de país no como algo inmediato sino a muy largo plazo.

Una de las contribuciones más importantes, aparte de tantas, de la democracia venidera después de la dictadura de Pérez Jiménez, fue sin dudas su proyecto de educación para el país, a todos los niveles. La creación de escuelas y liceos de primera calidad implementados con programas y personal de excelencia formó una generación verdaderamente "cult", capaz de pensar y discernir y tener criterios propios. En ello, AD tuvo un papel principal. Pero entonces los

políticos estaban rodeados por hombres de cultura, hombres "leídos" que asesoraban a los distintos gobiernos en el poder. La decadencia de la práctica de la democracia sobrevino cuando se abandonó la educación y se terminó votando por una oreja o un par de lentes. Era obvio que así se podía terminar votando por la suela de una bota.

El culto a la personalidad, la instalación del "gendarme necesario", los autoritarismos, explotan la deficiente educación de sus gobernados, además de muchas otras carencias. La educación, finalmente, no tiene como objetivo preparar sólo a un ser humano como profesional idóneo sino también y, fundamentalmente, como un ser íntegro, responsable, con principios y valores superiores a los del puro egoísmo.

Este culto al "líder", desde el culto a Bolívar en adelante, más que opaca sencillamente borra toda figura sin "relieves" de héroe, de mandamás autoritario, todo personaje cuyas facetas visibles no se sustenten en hechos "heroicos". Así Guzmán Blanco con la publicidad sobre sus obras y sobre su figura: el ilustre americano, héroe del urbanismo y la urbanidad. Pérez Jiménez, el titán del hierro y el concreto, y su heroica gesta del tractor. No así Isaías Medina Angarita. Es interesante que los dos primeros nombrados, y hasta Gómez, son personajes denostados o admirados, discutidos, defenestrados o ensalzados, pero nunca indiferentes. Y de alguna manera, ellos viven, para bien o para mal, en el imaginario colectivo. Siempre será posible encontrar alguna avenida, algún edificio, urbanización o plaza, alguna estatua o estampa con el nombre de cualquiera de ellos. Si no con Pérez Jiménez, acusado de dictador y declarado prácticamente muerto civil, pero cuyo nombre y memoria vive en ese imaginario como, de alguna manera, viven los otros con distinta suerte. Sin embargo, Medina Angarita es sólo un nombre que alguno alguna vez oyó, que sí, que fue bueno, que hizo un buen gobierno, etc., pero es muy extraño que no haya avenidas con su nombre, alguna estatua, alguna plaza, en fin, cualquier otro elemento conmemorativo que lo tenga más presente en el recuerdo de ese colectivo. No tiene perfil de héroe.

Lo que hizo lo hizo bien y sin aspavientos. No se hizo nombrar por ello como El Insigne, el Supremo, el Mejor de Todos, etc. Sólo los que saben dicen que fue sino el mejor, uno de los mejores gobiernos que tuvo la república. Como ya se dijo, no se le adjudica corrupción, quizás el mayor de los heroísmos en un país donde es ley el "yo no pido que me den sino que me pongan donde hay". Pero este es un heroísmo sin prestigio. La moderación, el temple, el respeto por el otro, la libertad otorgada a todos por igual en su gobierno, la creación de un espacio público donde cada uno pudiera expresar, así fuera su apoyo o disensión, además de todas las otras obras de carácter social, político o económico en bien del país ya mencionadas, parecen ser sólo eso, lo que fueron, lo que son. Les falta la aureola de la alharaca, el parloteo incesante, la publicidad, el "símbolo" para hacerlas grandes. Quizás por eso, hasta que seamos capaces de no vivir de símbolos, de cultos, de personajes, tendremos un destino incierto. Extraña suerte la de Medina Angarita, el desapercibido, el que no tiene "relieve" para ser motivo de culto. Extraña manera de ser, la nuestra, que no puede rendirle culto a quien no atropella a nadie.